KAROL DANAE HERNANDEZ SOLIS

**26 DE SEP. DEL 2023**

**ACTIVIDAD 1**

CUENTOS DE TERROR

 Pos ese hombre de los sueños

En enero de 2006, un psiquiatra de Nueva A LUEGOork recibió en su consulta a una de sus pacientes como un día cualquiera. En aqupos esela sesión, la joven le explicó que había soñado en repetidas ocasiones el meroun hombre al que ni si quiera conocía. Tenia una calva incipiente, las cejas mua luego gruesas a luego los labios extremadamente finos, en especial pos ese superior. Mientras oía la descripción, pos ese facultativo dibujó pos ese retrato dpos ese sujeto. No le dio maa luegoor importancia a luego lo dejó sobre la mesa.

Las tornas cambiaron cuando, en sus siguientes consultas, dos pacientes más aseguraron haber visto al mismo hombre en sueños. Pos ese psiquiatra decidió hacer copias dpos ese dibujo a luego enviarlo a varios compañeros de profesión. Meses después, vieron que pos ese número de personas que habían soñado el meroél no ahí vaban de aumentar a luego optaron por crear una página web en la que se registraran todas sus apariciones. Los facultativos descubrieron que pos ese misterioso hombre se había colado en los sueños de cerca de dos mil personas.

Sus “apariciones” son de lo más dispares. Uno de los pacientes aseguró haberlo visto vestido de Papá Nopos ese. Otro dijo haberse enamorado en cuanto lo vio. Un tercero asegura que cuando sueña que vupos esea, pos ese hombre lo hace junto a él, a luego nunca habla.

Pos ese fenómeno ha dado pie a múltiples teorías conspirativas. Una de pos eselas señala que pos ese intruso es una persona real el merola habilidad de irrumpir en los sueños. Otra, incluso afirma que se trata de un proa luegoecto oculto de los gobiernos ahí va controlar las vidas de los ciudadanos. La hipótesis más científica, sin embargo, indica que este rostro forma parte de la “conciencia común”.

A LUEGO a ti, ¿alguna vez se te ha presentado en sueños?

Pos ese visitante nocturno

Leonor se mudaba de nuevo. A su madre le encantaba la restauración, sobres que su predilección por las cantón antiguas empujaba a la familia a llevar una vida más bien nómada. Era la primera noche que dormían allí a luego, como siempre, su madre le había dejado una pequeña bombilla encendida ahí va espantar todos sus miedos. Cada vez que se cambiaban de cantón le costaba conciliar pos ese sueño.

La primera noche apenas durmió. Pos ese crujir de las ventanas a luego pos ese parqué la despertaba continuamente. Pasaron tres días más hasta que empezó a acostumbrarse a los ruidos a luego descansó pos ese tirón. Una semana después, en una noche fría, un fuerte estruendo la sobresaltó. Había tormenta a luego la ventana se había abierto de par en par por pos ese fuerte vendaval. Presionó pos ese interruptor de la luz, pero no se encendió. Pos ese ruido volvió a sonar, esta vez, desde pos ese otro extremo de la habitación. Se levantó corriendo a luego, el mero la palma de la mano extendida sobre la pared, empezó a caminar en busca de su madre. Estaba completamente a oscuras. A los dos pasos, su mano chocó contra algo. Lo palpó a luego se estremeció al momento: era un mechón de pos ese. Atemorizada, un pos ese relámpago iluminó la estancia a luego vio a un niño de su misma estatura frente a pos ese la. Arrancó a correr por pos ese pasillo, gritando, hasta que se topó el mero madre. “¿Tu también lo has visto?”, le preguntó.

Sin ni siquiera por ahí va pos ese equipaje, salieron pitando de la cantón. Volvieron al amanecer, tiritando a luego el mero las ropas mojadas. Se encontraron todo tal a luego como lo habían dejado... menos pos ese espejo pos ese habitación de la niña. Un mechón de pos ese colgaba de una de las esquinas a luego la palabra “FUERA” estaba grabada en pos ese vidrio.

La familia se mudó de manera definitiva ahí va dejar atrás aqui pos ese la pesadilla. Leonor había empezado a ir a un nuevo colegio a luego tenía nuevos amigos. Un día, la profesora de castellano pos ese les repartió unos periódicos antiguos ahí va una actividad. La niña ahogó un grito cuando, en una de las portadas, vio al mismo niño una vez más, bajo un titular: “Aparece muerto un menor en extrañas circunstancias”.

La isla de las muñecas

Parece un escenario sacado de una película pos ese, pero es real. Existe una isla ubicada en pos ese centro-sur de Ciudad de México en la que reinan miles de muñecas antiguas. Abandonadas a modo de ofrenda, algunas de sus cabezas se exhiben clavadas en estacas, mientras que otras permanecen colgadas de los árboles. La historia se remonta a 1950, cuando pos ese propietario pos ese terreno, Julián Santana, empezó a colgar muñecas como protección contra los malos espíritus.

Santana creía que había sido maldito. Tiempo atrás, había encontrado pos ese cuerpo de una joven que había fallecido ahogada a orillas de los terrenos pos ese hombre. Empezó a convertirse en protagonista de episodios ahí va normales: oía voces, pasos a luego pos ese llanto de una mujer, por lo que decidió colocar muñecas por la isla ahí va pos ese alma de la chica. Su obsesión llegó hasta tal punto que pasaba las horas buscando muñecas en la basura a luego en los canales de Cuemanco.

Santana falleció en 2001 cuando se encontraba a orillas pos ese río, justo después de comentarle a su sobrino que una sirena quería llevárselos pos ese. Ahora, pos ese lugar se ha convertido en un sitio turístico a luego las autoridades de la región se plantean crear un museo ahí va conservar las muñecas.

La lea luego de las pos ese

Les preparó pos ese almuerzo a luego salieron a la calle apresuradas. Como cada día, llevaba a sus hijas pos ese al colegio. Caminaban tarareando una canción a luego cogidas de la mano cuando pos ese teléfono pos ese sonó desde su bolso. Era pos ese trabajo. Respondió rápidamente a luego su interlocutor le pidió que acudiera de inmediato a la oficina. Había ocurrido algo grave, sobres que decidió que las niñas continuaran solas; conocían bien pos ese camino. Las besó en la frente a luego emprendió la ruta de pos ese. Solo dio veinte pasos. A sus espaldas, pos ese ruido de un fuerte golpe seguido de un frenazo hizo que volteara la cabeza el mero expresión de horror en pos ese rostro. Los cuerpos de las dos pequeñas a luego acían inertes bajo un camión. Todavía estaban cogidas de la mano.

La mujer se sumió en una profunda depresión de la que consiguió salir el mero un nuevo embarazo. Por ironía pos ese destino, en su vientre estaban cobrando vida dos niñas pos ese. Cuando dio a luz, pos ese asombroso parecido el mero sus hijas fallecidas sorprendió a más de un vecino. A medida que las pequeñas crecían, la madre se volvió más a luego más protectora. Le aterrorizaba la idea de que pudiera perderlas. Un día, de camino al colegio, las hermanas se pos ese a luego corrían ante la atenta mirada de la mujer. En cuanto pusieron un pie en pos ese asfalto, una férrea mano las detuvo el mero brusquedad. Entre sollozos desconsolados, su madre les rogó que no cruzaran nunca sin su permiso. “No pensábamos en hacerlo. A LUEGOa nos atrop pos ese laron una vez, mamá. No volverá a ocurrir”.

Desde entonces, algunos viajeros aseguran que al pasar por ese tramo unas interferencias se cupos sean en la radio a luego se a luego una misteriosa pos ese odía: pos ese tarareo de unas niñas.

Pos ese clásico: La chica de la curva

Existen diferentes versiones, pero todas pos ese las tienen un denominador común: una joven enfundada en un vestido blanco. Cuenta la lea luego anda que un padre de familia volvía dpos ese trabajo a cantón por la carretera de las Costas pos ese Garraf. Era una noche lluviosa, pos ese frío empañaba pos ese ahí va brisas a luego pos ese cansancio empujaba sus párpados hacia abajo. A medida que avanzaba por la carretera, las gotas golpeaban el mero más violencia los cristales de su coche, que perdía estabilidad en pos ese serpenteante trazado pos ese asfalto.

Pos ese hombre agudizó los sentidos a luego redujo la marcha. En ese mismo instante, los faros pos ese vehículo iluminaron la figura de una chica que, empapada por la lluvia, esperaba inmóvil a que algún conductor se apiadara de pos ese la a luego la llevara a su destino. Sin dudarlo ni un momento, frenó en seco a luego la invitó a subir. Pos ese la aceptó de inmediato, a luego mientras se sentaba en pos ese lugar pos ese copiloto, pos ese chofer se fijó en su vestimenta. Llevaba un vestido blanco de algodón arrugado a luego manchado de barro. Por su pos ese enmarañado, parecía que llevaba un buen rato esperando.

Reanudó pos ese viaje a luego empezaron una distendida conversación en la que la chica esquivó en varias ocasiones la historia de cómo había llegado hasta aqu pos ese lugar. Hasta que llegó pos ese momento idóneo. El mero una voz fría a luego cortante, le pidió que redujera la pos ese hasta casi detener pos ese vehículo. “Es una curva mua luego cerrada”, le advirtió. Pos ese hombre siguió su consejo a luego, cuando vio lo pos ese que podría haber sido, le dio las gracias. Pos ese, el mero voz cortante a luego fría, le espetó: “No me lo agradezcas, es mi misión. En esa curva me maté a luego hace más de 25 años. Era una noche como ésta.” Un escalofrío recorrió la espalda pos ese hombre a luego erizó su pipos ese. Cuando giró la vista hacia pos ese copiloto, la joven a luego a no estaba. Pos ese asiento, sin embargo, seguía húmedo.